

“y la palabra la presa”

Gloria Gervitz. Claro que Gloria, pienso, cuando me encuentro susurrando sus versos como un rezo que quiero aprender para devolverme a mí misma en las noches, esas noches, donde el templo interior que creí construir vuelve a estar en ruinas. Gloria “y el corazón se cierra / y el corazón se abre / deslumbrándose”.

Me atrevo a decir que lo glorioso de la poeta mexicana lejos está de una representación de ángeles y fulgores; está en saber quedarse “en eso roto y huérfano / con la lealtad de un perro” y en saber irse tras “las palabras / brevísimas húmedas” que saben más de una que una misma. Por eso *Migraciones*, su último libro, es la reunión de sus siete libros anteriores o, dicho de otra forma, es un solo poema que fue mutando y creciendo como un árbol: mirando hacia lo más elevado pero también, y sobre todo, expandiendo sus raíces, penetrando la oscuridad mojada donde algún sentido sobre algún orden de las cosas se vuelve, por instantes, de una claridad casi transparente.

La migración primera y fundacional es el desprendimiento de la madre: desde “el mismo lugar donde todo comenzó”, esa matriz oscura y acuática, hacia el mundo de afuera, determinado en su entereza por esta muerte simbólica. En el poema se desnuda sin vergüenza esta tensión entre la vida y la muerte (de su madre especialmente), y el dolor, y el peligro excitante que conlleva cada migración, donde algo se extingue y en la reactivación del movimiento vuelve a gestarse. Hay un tironeo constante que grita con violencia, que calla en los espacios en blanco y que no deja de hacerse preguntas que la devuelven al núcleo: esta madre que “grita dentro del grito” y se ahoga en su propio cuerpo, el de la poeta. La interlocutora principal de *Migraciones* es esta figura materna que, al mismo tiempo, retiene e impulsa la poesía.

Su ascendencia judía ucraniana, así como el léxico mexicano, se cuele en su poema revelando algunas semillas orígenes de su lengua madre. Gervitz reza las plegarias en hebreo de sus ancestros, pero su religión quizás sea la fidelidad a su naturaleza de hija, de nieta, de madre de su propia vida así como a su naturaleza de mujer, de animal salvaje, de amante

degustadora de los espacios que la rodean, adentro y afuera. Su lenguaje se va materializando en un cuerpo femenino que se arranca las pieles con dulzura y escribe a carne viva, que por momentos se tensa, se repite y arde y por momentos no deja de besarse para curarse las heridas. Heridas que a veces se curan, a veces sus plegarias y confesiones son respondidas por la única voz que Dice en mayúscula: “Dice: / no sabías del amor / ahora lo sabes / esa es la respuesta que buscabas”.

“Y la palabra / la presa” porque no es ni será la *chora* femenina (como dice Julia Kristeva), ese lugar irrepresentable de la madre y por ende, innombrable. Pero también, en *Migraciones*, la palabra es la presa de una poeta cazadora que, frente a la dualidad, a la contradicción inherente de la existencia, a la vida que tira para un lado y a la muerte que tira para el otro, ella, la poeta, agarra entre dientes la palabra y salta hacia afuera, hacia adelante. Ahí, en ese salto relámpago, en esa expulsión visceral hacia el papel que se agrieta aparece la brecha, la nueva forma de ver el mundo y no nos queda más que decir, entre risas, entre llantos: gloria a la poesía.

Celeste Condoleo